

Luis Alberto Sánchez

¿Se puede crear sin crítica?



¡, desde luego, sí. Pero, ¿se puede progresar sin crítica? Y como progresar en las artes creadoras, es recrear, o sea, volver a crear y seguir creando, la ausencia de crítica señala un tope a la tarea creadora.

Ergo: un arte, cualquiera que él sea y dónde quiera que se desarrolle, languidece y se estratifica, atacado de irremediable y absorbadora parálisis, no bien se aísla de la crítica.

A Renán pertenece una frase lapidaria: “On ne doit parler que de ce qu'on aime”. Pero, y aquí la contrapartida, ¿acaso es lícito “hablar como si se lo amara, de aquello que no se ama? La respuesta tiene que ser negativa; los hechos, no.

A una desgraciada manía de señalarse como crítico viendo sólo defectos, y lo peor, defectos formales y mínimos, siguió una moda de trascendentalizar hasta lo más episódico. La práctica arielista consistió en cerrar filas en torno de unos cuantos “apóstoles” o “profesores de idealismo” y dar por bueno cuanto dijeran, añadiéndoles, por si acaso, especias de doctrinalismo a lo que frecuentemente fué mero anecdotismo. Pasó el Novecientos, y hay quienes persisten en la terrible idolatría.

Contra aquello se armó un sistemático iconoclastismo que no trepidó en hacer cisco —verbal, se entiende— a Chocano, Rodó y has-

ta a Darío, sin lograr otra cosa, con el cisco, que atosigar las hornillas y levantar polvo, a primera vista capaz de parecer niebla. Y se alzó el rasero de "lo social". Si antes un escritor era "formidable" porque usaba los adjetivos con acierto, luego lo fué porque sentía la protesta de las masas. Pero, la crítica literaria dista de esto y aquello, los abarca, los considera, los funde y refunde, los mezcla y combina, los analiza y sintetiza, los piensa y siente, los asocia e intuye, los vive y los expresa. Tal crítica ha dejado de nacer (dejar de existir supone haber existido, y aquí se trata de haber querido vivir sin conseguirlo).

Gran parte de lo ocurrente en el mundo indohispano en que vivimos se debe a la ausencia de crítica con la consiguiente castración del sentido de perfectibilidad. Si todos somos perfectos (y quien no está de acuerdo, pues ¡chitón y esgártula!), la crítica no tiene otra función que la de un puntual funcionario del Registro Civil. Bastará con que se presenten los padres para que dé a la criatura por nacida. Un certificado médico equivale a una existencia real. El papel suple a la vida. Donde no hay un pasaporte el individuo desaparece. Es suficiente que una prensa vomite un libro para que, de hecho, sea excelente. Ha desaparecido la sutil y complicada diferencia de escritores, escribidores, escribientes, escribanos, escribas, escritoruelos, cagatintas, grafómanos, grafólotras, etc. Todos son "escritores". Hay que buscar otro oficio. U otra denominación.

¿Y todo por qué? Por mutilación de la crítica. La boga de ciertas operaciones contraceptivas ha invadido el terreno de las letras. La crítica periodística ha identificado el "compte rendu" o "acuse de recibo" con el juicio de valor. Y como recibir no evalúa, y como la moneda mala desaloja a la buena, según la ley de Gresham, en estos tiempos tan teñidos de filoeconomía, la mala crítica ha desplazado totalmente a la buena, y nos debatimos en un mundo de monederos falsos y contrabandistas de valores, una función tan corruptora como el tráfico de estupefacientes. El de la mala crítica equivale a un gas letal para autores y lectores, algo así como

una dosis de marihuana o cocaína que atacara por igual al vendedor y al comprador; especie de fusil de doble y opuesta boca: un arma supraatómica, bajo la cual vivimos en un vasto Okinawa intelectual.

El drama se remonta a varios orígenes. Los hay políticos, sociales, "culturales", y estilísticos. Lo último significa implicar a dos respetables caballeros, Leo Spitzer y Karl Vossler, cuyas lecciones simiescamente exageradas en las universidades norteamericanas y los Institutos de Filología, han convertido la valoración literaria en pesquisa lingüística, reduciendo los elementos de la obra literaria a nada más que su instrumento principal: el lacayo convertido en rey da como fruto a los sacristanes pretendiendo ser cardenales. Los gramáticos invaden el campo de los críticos literarios. Basta saber cuántas veces se menciona el color "rojo", el adjetivo demostrativo "aquel" se ha verbalizado el nombre "punto" o se ha sustantivado el verbo "andar", para que, de la noche a la mañana, la tarea crítica se realice con la estricta colaboración del Diccionario, la Gramática y la Necedad: trípode sobre el cual alzan sus magnificencias los juicios críticos universitarios, cuya división sacramental clama al cielo que, como en el Don Juan Tenorio zorrillesco, permanece más sordo que conciencia de usurero: "y pues sus puertas me cierra —de mis pasos en la tierra— responda el cielo y no yo".

Los otros ingredientes acusan pareja estolidez.

Por descontado, que si yo soy rojo no puedo admitir como buena que un blanco produzca obra de algún mérito, y viceversa. Si un país se halla bajo el imperio de unos u otros, entonces se ignora la otra mitad de la cultura. Nos hallamos bajo el peso de una intelectualidad hemipléjica: como con toda la boca, pero mueve sólo un lado del cuerpo, y, claro, la fecundación se hace anormal, si no imposible. Por tanto, si los rojos mandan, bastará espolvorear unos gramos de achiote o gragea encarnada para que se dé por bueno el cocido o postre sin mayores averiguaciones. Si los blancos, pues, ha llegado la hora de las cremas de leche, las mayonesas y las claras de huevo con azúcar: y nadie discutirá las excelencias del menjurje.

La crítica ha muerto (o se halla agónica, y no al modo de Unamuno, sino con esa simple agonía de nuestros abuelos que, cuando agonizaban, se morían), porque el valor ha muerto en los escritores. Nadie quiere censurar porque teme las represalias no intelectuales ni físicas, sino económicas y sociales. Y nadie tiene el atrevimiento de alabar a un desconocido, porque primero se deben conocer sus "antecedentes", a ver si de ello derivarán beneficios o no. En suma, la coacción, el miedo acogotan al escritor y a su crítico. Si un susto paraliza, dos enmudecen. Nada se parece más a la muerte que la inmovilidad y el silencio. En literatura, no expresarse no equivale sólo a guardar silencio, sino también a guardar quietud. Por algo, en inglés, "to be quiet" es "quedarse callado". Quietud implica reposo, y reposo, mutismo. Sobre todo cuando loros y papagayos repiten las mismas monsergas y con igual sonsonete.

De todo esto fluye lo que decíamos al comienzo: la obra creadora se halla en terrible crisis. Ciertamente, abundan los ensayos históricos de minucias, pero faltan las grandes síntesis, las interpretaciones filosóficas y realmente históricas. ¿No señala un síntoma el caso de que algunos temas palpitantes de nuestra estructura humana estén siendo tratados por estudiosos extranjeros a quienes, aunque les sobra buena intención, les faltan conocimientos básicos primordiales?

El escritor necesita la compañía del crítico, siempre que se trate de un crítico, no de un simple gacetillero periodístico, un bibliógrafo o un partidario unilateral. Un crítico no es un ángel, un ser inasible, imposible. Los ha habido y hay. Cuando el viejo Sanin Cano escribe sus ensayos; cuando Pedro Henríquez publicaba los suyos; cuando existían tribunas de apreciación literaria como *Nosotros*, de Buenos Aires, *Amauta*, *Presente*, etc., de Lima, *Índice* y *Letras*, de Santiago, *Revista de Indias*, de Bogotá, etc. era más fácil encauzar el dictamen público, discutir con los creadores y a los creadores, establecer hitos —jamás normas— sobre el trabajo artístico en general. Las revistas fueron barridas o se mistificaron. La urgencia de la ga-

cetilla y el predominio del resumen han hecho desaparecer el juicio de valor. Un buen "crítico" es hoy un señor que sintetiza en dos páginas un volumen de trescientas, o sea, que el bibliógrafo ha sustituido al crítico, lo cual equivale a que el contador o contable reemplaza al sembrador, al industrial, al gerente.

Hay un caso patente y patético: el de César Vallejo. Olvidado durante veinte años, de 1918 a 1938, empieza a cobrar fama, primero, por sus convicciones políticas; después, por su calidad poética extraordinaria. La forma de cobrar fama ha sido rara: una disputa de desmemoriados y compadres disputándose el triste privilegio de haber sido partícipes o testigos de algunos actos de Vallejo, los menos poéticos, a menudo. Así, se han publicado durante semanas en una revista limeña episodios de su existencia miserable en París, rellorando los aspectos desapacibles y nada estimulantes para lucirse el narrador. Un lector especializado de Francia es quien está reconstruyendo, ladrillo a ladrillo, la vida externa e interna de Vallejo, aunque sin pleno dominio del ambiente en que vivió, lo cual sobrepasa las posibilidades bibliográficas y conversacionales. Se ha editado una colección de *Poesías completas* de la que se eliminan, por negligencia sin duda, algunas inscripciones clave del poeta, como aquella de *Qui potest capere capiat* con que presidió su edición príncipe de *Los Heraldos Negros*. En las bibliografías se omiten comentarios y discursos sobre el poeta, escritos y publicados cuando él era un desconocido, como un discurso pronunciado en el Teatro Municipal de Lima, a comienzos de 1924, sobre *La Tristeza en la literatura peruana*, que contiene abundantes citas de Vallejo (en 1924!) y una conferencia en el Teatro Colón, de Bogotá, en julio de 1923 (sí, de 1923!) que fuera comentada en *El Tiempo*, de dicha capital; un comentario en *El Comercio*, de Lima, de 1922, sobre *Trilce* bastante elocuente, tanto como el de Clemente Palma en *Variedades*, de 1917, muchas veces mencionado. O sea, que ni siquiera se dan informaciones completas; que el bibliógrafo peca tanto como el evaluador.

Conviene a todas luces pensar y repensar en todo lo que vengo diciendo. Son aspectos fundamentales que atañen a nuestro desenvolvimiento cultural. Hay que tornar a las diferenciaciones básicas: escritor, escribiente, escribano, escribidor, escritorzuelo, escriba. Dar a cada vocablos su matiz, su significado. Y enfrentarse resueltamente a los hechos y las personas. Nada de considerar al Mecenaz potencial. Ni a quien nos pueda regalar un viaje por el mundo. Que hoy son los caminos anchos aun cuando haya que pagar muy caro por cierta especie de pasajes, con moneda mucho más alta que la física. Reivindiquemos el papel del crítico como colaborador del que crea, no como un enemigo ni su superior. Crear, al fin y al cabo, es tarea de... creadores, y sobre ellos... Dios.

